

damas.

13

Protección, ayuda y consejo. –Todo intelectual en el exilio, sin excepción, lleva una existencia mutilada, y hará bien en reconocerlo si no quiere que se lo hagan saber de forma cruel desde el otro lado de las puertas herméticamente cerradas de su autoestimación. Vive en un entorno que tiene que resultarle incomprensible por más que sepa de las organizaciones sindicales o del tráfico urbano; siempre estará desorientado. Entre la reproducción de su propia vida bajo el monopolio de la cultura de masas y el trabajo responsable existe una falla persistente. Su lengua queda desarraigada, y la dimensión histórica de la que su conocimiento extraía sus fuerzas allanada. El aislamiento se agrava tanto más cuantos más grupos sólidos y políticamente controlados se forman; desconfiado con los a ellos pertenecientes y hostil con los ya etiquetados. La participación en el producto social que les toca a los extranjeros tiende a ser insuficiente y les empuja a una desesperada segunda competencia entre ellos en el seno de la competencia general. Todo ello deja sus marcas en cada uno. Aun el que está excluido del oprobio de la inmediata igualación con los demás lleva como su marca particular esa misma exclusión, que determina una existencia aparente e irreal dentro del proceso vital de la sociedad. Las relaciones entre los expatriados están aún más envenenadas que las existentes entre los autóctonos. Todas las estimaciones se tornan falsas, la óptica es alterada. Lo privado se abre paso de un modo inconveniente, febril y vampírico simplemente porque en realidad no existe y pretende convulsamente dar muestras de vida. Lo público se convierte en asunto propio de un juramento inexpreso de fidelidad sobre la plataforma. La mirada adopta el carácter mánico y a la vez frío del arrebatarse, devorar y retener. No hay otra ayuda que la perseverante diagnosis de sí mismo y de los otros, el intento por medio de la conciencia, si no de escapar al infortunio, sí en cambio de despojarle de su fatal violencia: la de la ceguera. Una extrema precaución se ha impuesto a causa de ello en la elección del entorno privado en la medida en que tal elección le está a uno permitida. Sobre todo hay que guardarse de buscar a aquellos poderosos de los que «hay algo que esperar». La visión de las

posibles ventajas es el enemigo mortal del cultivo de unas relaciones humanas dignas; de éstas se puede esperar la solidaridad y el estar a disposición del otro, pero nunca que puedan nacer de la consideración de objetivos prácticos. Apenas menos peligrosas son las imágenes especulares del poder, los lacayos, aduladores y pedigüños que se dedican a complacer al mejor situado de una forma arcaica, como sólo puede prosperar en las relaciones económicamente extraterritoriales propias de la emigración. Al tiempo que aquéllos reportan al protector pequeñas ventajas, tiran de él tan pronto como las acepta, cosa a la que constantemente les induce su propia falta de habilidad en el extranjero. Si en Europa el gesto esotérico con frecuencia sólo era un pretexto para los más ciegos intereses particulares, el deteriorado y poco impermeable concepto de la *austérité* parece en el exilio el más oportuno bote salvavidas. Aunque, por supuesto, sólo para los menos está a disposición con el debido acondicionamiento. A la mayoría de los que suben a bordo les amenaza la muerte por inanición o la locura.

14

Le bourgeois revenant. –En los regímenes fascistas de la primera mitad del siglo xx se ha estabilizado absurdamente la forma obsoleta de la economía multiplicando el terror del que necesita para mantenerse en pie, y ahora su absurdo queda totalmente al descubierto. Pero también la vida privada está marcada por él. Con el poder de disposición se han implantado una vez más y simultáneamente el asfixiante orden de lo privado, el particularismo de los intereses, la hace tiempo superada forma de la familia y el derecho de propiedad con su reflejo sobre el carácter. Pero con mala conciencia, con la apenas disimulada conciencia de la falsedad. Lo que en la burguesía siempre se consideró bueno y decoroso, la independencia, la perseverancia, la previsión y la prudencia, está corrompido hasta la médula. Pues mientras las formas burguesas de existencia son conservadas con obstinación, su supuesto económico se ha derrumbado. Lo privado ha pasado a constituirse en lo privativo que en el fondo siempre fue, y con el terco aferramiento al propio interés se ha mezclado tal obcecación, que de ningún modo es ya posible concebir que pueda llegar a ser diferente y mejor. Los burgueses han perdido su ingenuidad, lo que les ha vuelto insensibles y

como previsión. Están asegurados.

16

Sobre la dialéctica del tacto. –Goethe, que fue claramente consciente de la imposibilidad de toda relación humana que amenazaba la incipiente sociedad industrializada, intentó en las novelas de los «años de viaje» presentar al tacto como la salida salvadora entre los hombres alienados. Tal salida le pareció inseparable de la resignación, de la renuncia al acercamiento y a la pasión no coartados y a la felicidad duradera. Para él lo humano consistía en una autolimitación que, conjurándola, asumía la inevitable marcha de la historia – la inhumanidad del progreso y la atrofia del sujeto. Pero lo que desde entonces ha acontecido hace que la resignación goethiana parezca un estado de plenitud. Tacto y humanidad –para él la misma cosa– han recorrido mientras tanto el camino que, según creía Goethe, debían evitar. El tacto tiene su hora precisa en la historia. Es aquella en la que el individuo burgués quedó libre de la opresión absolutista. Libre y solitario, se hacía responsable de sí mismo, mientras que las formas jerarquizadas de la consideración y el respeto desarrolladas por el absolutismo, privadas de su fundamento económico y de su poder coactivo, resultaban todavía suficientes para hacer soportable la convivencia dentro de grupos privilegiados. Tal empate, en cierto modo paradójico, entre absolutismo y liberalidad se deja percibir, igual que en el *Wilhelm Meister*, también en la posición de Beethoven respecto a los esquemas tradicionales de la composición y hasta en el seno de la lógica misma, en la reconstrucción subjetiva por parte de Kant de las ideas objetivamente obligadas. Las repeticiones regulares de Beethoven después de los pasajes dinámicos, la deducción de Kant de las categorías escolásticas a partir de la unidad de la conciencia son, en un sentido eminente, «tacto». El presupuesto del tacto es la convención en sí ya rota, y sin embargo aún actual. Ésta se halla ahora irremisiblemente en decadencia y sobrevive tan sólo en la parodia de las formas, en una etiqueta para ignorantes inventada o recordada de modo caprichoso, como la que predicán en los periódicos los consejeros espontáneos, mientras que el consenso que pudo sostener a aquellas convenciones en su hora humana se ha quedado en el ciego conformismo de los automovilistas y oyentes de la radio. El declinar del

momento ceremonial parece en principio beneficiar al tacto. Éste se ve así emancipado de todo lo heterónimo y puramente externo, de modo que el obrar con tacto no sería otra cosa que regirse sólo por la naturaleza específica de cada relación humana. Sin embargo, este tacto emancipado tiene, como todo nominalismo, sus dificultades. El tacto no significaba simplemente la subordinación a la convención ceremonial –sobre la que todos los nuevos humanistas han ironizado sin cesar. La función del tacto era, antes bien, tan paradójica como el lugar de su ubicación histórica. Pretendía la conciliación, en sí imposible, entre la inspiración paraoficial de la convención y la inspiración rebelde del individuo. El tacto no podía adquirir definición de otra forma que en dicha convención. Ésta representaba, bien que de forma muy atenuada, lo general constituyente de la sustancia de la propia inspiración individual. El tacto es lo que determina la diferencia. Se asienta sobre divergencias conscientes. Sin embargo, al oponerse en cuanto emancipado al individuo como algo absoluto y sin una generalidad de la que pudiera diferir, pierde de vista al individuo y acaba perjudicándolo. La pregunta por el estado de la persona, que desde no hace mucho exigía y esperaba la educación, se convierte en pesquisa o en ofensa, y el callar sobre temas delicados, en vacía indiferencia tan pronto como deja de haber reglas que establezcan de qué puede y de qué no puede hablarse. Los individuos comienzan entonces, no sin motivo, a reaccionar hostilmente al tacto: cierta forma de cortesía hace no tanto que se sientan considerados como hombres como que se despierte en ellos la sospecha de la situación inhumana en la que se encuentran, y entonces el hombre cortés corre el riesgo de ser tenido por descortés a causa de que hace uso de la cortesía como de una prerrogativa superada. Al cabo, el tacto emancipado y puramente individual se convierte en simple mentira. Lo que de él queda hoy en el individuo es, cosa que éste diligentemente silencia, el poder fáctico, y más aún el potencial, que cada cual encarna. Bajo la exigencia de tratar al individuo como tal, y sin preámbulos, de forma absolutamente digna yace el celoso control de que cada palabra dé cuenta por sí misma y de un modo tácito de lo que el interlocutor representa en la esclerosada jerarquía que a todos abarca y de cuáles son sus perspectivas. El nominalismo del tacto ayuda a lo máximamente general, al nudo poder de disposición, a lograr su triunfo aun en las constelaciones más íntimas. La cancelación de las convenciones como un ornamento anticuado, inútil y exterior no hace sino confirmar la exterioridad máxima: la de una

vida de dominación directa. El que, sin embargo, el propio derrumbamiento de esta caricatura del tacto en la camaradería chabacana haga, como burla de la libertad, aún más insoportable la existencia, es simplemente una señal más de lo imposible que se ha vuelto la convivencia de los hombres en las actuales circunstancias.

17

Propiedad reservada. –El signo de la época es que ningún hombre sin excepción puede ya determinar él mismo su vida con un sentido tan transparente como el que antaño tenía la estimación de las relaciones de mercado. En principio todos son objetos, incluso los más poderosos. Hasta la profesión de general ha dejado ya de ofrecer una protección suficiente. En la era fascista ninguna convención es lo bastante vinculante como para proteger los cuarteles generales de los ataques aéreos, y los comandantes que mantienen la tradicional precaución son colgados por Hitler o decapitados por Chiang-Kai-Shek. Consecuencia inmediata de ello es que todo el que intenta salir bien librado –y en el hecho mismo de seguir viviendo hay un contrasentido análogo al de los sueños en los que se asiste al fin del mundo para después salir a rastras por un respiradero– debe vivir de forma que estuviese en todo momento dispuesto a terminar con su vida. Es algo que parece provenir, como una triste verdad, de la exaltada doctrina de Zarathustra sobre la muerte libre. La libertad se ha reducido a pura negatividad, y lo que en los tiempos del *Jugendstil*[\[3\]](#) se llamaba morir en la belleza se ha quedado en el deseo de disminuir la degradación sin límites de la existencia y el tormento sin límites del morir en un mundo donde hace mucho que hay cosas peores que temer que la muerte. El fin objetivo de la humanidad es sólo otra expresión para referirse a lo mismo. Y significa que el individuo en cuanto individuo, en cuanto representante de la especie hombre, ha perdido la autonomía con la que poder realizar la especie.

18

Asilo para desamparados. –El modo como están las cosas hoy en día en la

la de la suspensión: llevar la vida privada al límite de lo que permitan el orden social y las propias necesidades, pero no sobrecargarla como si aún fuese algo socialmente sustancial e individualmente adecuado. «Por fortuna para mí, no soy propietario de ninguna casa», escribía ya Nietzsche en la *Gaya ciencia*. A lo que habría que añadir hoy: es un principio moral no hacer de uno mismo su propia casa. Ello muestra algo de la difícil relación en que se encontrará el individuo con su propiedad mientras siga aún poseyendo algo. El arte consistiría en poner en evidencia y expresar el hecho de que la propiedad privada ya no pertenece a nadie en el sentido de que la cantidad de bienes de consumo ha llegado a ser potencialmente tan grande, que ningún individuo tiene ya derecho a aferrarse al principio de su limitación, pero que, no obstante, debe haber propiedad si no se quiere caer en aquella dependencia y necesidad que beneficia a la ciega perpetuación de la relación de posesión. Pero la tesis de esta paradoja conduce a la destrucción, a un frío desdén por las cosas que necesariamente se vuelve también contra las personas; y la antítesis es, en el momento mismo en que se enuncia, una ideología para aquellos que, con mala conciencia, quieren conservar lo suyo. No cabe la vida justa en la vida falsa.

19

No llamar. –Por ahora, la tecnificación hace a los gestos precisos y adustos, y, con ellos, a los hombres. Desaloja de los ademanes toda demora, todo cuidado, toda civilidad para subordinarlos a las exigencias implacables y como ahistóricas de las cosas. Así es como, pongamos por caso, llega a olvidarse cómo cerrar una puerta de forma suave, cuidadosa y completa. Las de los automóviles y las neveras hay que cerrarlas de golpe; otras tienen la tendencia a cerrarse solas, habituando así a los que entran a la indelicadeza de no mirar detrás de sí, de no fijarse en el interior de la casa que los recibe. No se puede juzgar imparcialmente al nuevo tipo humano sin la conciencia del efecto que incesantemente producen en él, hasta en sus más ocultas intervenciones, las cosas de su entorno. ¿Qué significa para el sujeto que ya no existan ventanas con hojas que puedan abrirse, sino sólo cristales que simplemente se deslizan; que no existan sigilosos picaportes, sino pomos giratorios; que no exista ningún vestíbulo, ningún umbral frente a la calle, ni

muros rodeando a los jardines? ¿Y a qué conductores no les ha llevado la fuerza de su motor a la tentación de arrollar a todo bicho callejero, transeúntes, niños o ciclistas? En los movimientos que las máquinas exigen de los que las utilizan está ya lo violento, lo brutal y el constante atropello de los maltratos fascistas. De la extinción de la experiencia no es poco culpable el hecho de que las cosas, bajo la ley de su pura utilidad, adquieran una forma que limita el trato con ellas al mero manejo sin tolerar el menor margen, ya sea de libertad de acción, ya de independencia de la cosa, que pueda subsistir como germen de experiencia porque no pueda ser consumido en el momento de la acción.

20

Struwwelpeter[\[4\]](#). –Cuando Hume intentó defender ante sus vividores compatriotas la contemplación gnoseológica, la «filosofía pura» desde hacía tiempo desacreditada entre los *gentlemen*, usó este argumento: «La exactitud favorece siempre a la belleza, y el pensamiento exacto al sentimiento delicado.» Éste era en sí un argumento pragmatista, y sin embargo contenía implícita y negativamente toda la verdad sobre el espíritu de la praxis. Las ordenaciones prácticas de la vida, que se presentan como algo beneficioso para los hombres, producen en la economía del lucro una atrofia de lo humano, y cuanto más se extienden, tanto más cercenan todo lo que hay de delicado. Pues la delicadeza entre los hombres no es sino la conciencia, que aun a los presos de la utilidad roza consoladoramente, de la posibilidad de relaciones desinteresadas; herencia de antiguos privilegios prometedora de una situación exenta de privilegios. La eliminación del privilegio por obra de la *ratio* burguesa, al cabo elimina también dicha promesa. Si el tiempo es oro, parece que lo moral es ahorrar tiempo, sobre todo el propio, y se disculpa tal ahorratividad con la consideración hacia los demás. Se va derecho. Todo velo que se descorra en el trato entre los hombres es sentido como una perturbación del funcionamiento del aparato al que no sólo están objetivamente incorporados, sino en el que también se miran con orgullo. El hecho de que en lugar de levantar el sombrero se saluden con un «¡hola!» de habitual indiferencia, de que en lugar de cartas se envíen *inter office*

observaciones acerca de lo sexual se desbaratan en la justa representación. Es como si las pasiones cautivas, llamadas por aquellas palabras por su nombre, saltaran, como la valla de su propia represión, la de las palabras ciegas y golpeasen violenta, irresistiblemente en la más recóndita celda del sentido que a ellas se asimila.

28

Paysage. –El defecto del paisaje americano no está tanto, como quiere la ilusión romántica, en la ausencia de recuerdos históricos como en que la mano no ha dejado ninguna huella en él. Ello no se refiere simplemente a la falta de campos cultivados, a los espacios salvajes, sin roturar y a menudo cubiertos de bosque, sino ante todo a las carreteras. Éstas siempre aparecen imprevistamente dispersas por el paisaje, y cuanto más lisas y anchas son, tanto más insustancial y violenta resulta su resplandeciente superficie en contraste con el entorno excesivamente agreste. Carecen de expresión. Como no conocen ninguna huella de pies o ruedas, ningún tenue sendero a lo largo de sus márgenes como transición a la vegetación, ningún camino hacia el valle, prescinden de lo amable, apacible y exento de angulosidad de las cosas en las que han intervenido las manos o sus útiles inmediatos. Es como si nadie hubiera paseado su figura por el paisaje. Un paisaje desolado y desolador. Lo cual se corresponde con la forma de percibirlo. Porque lo que el ojo apresurado meramente ha visto desde el automóvil no puede retenerlo y se pierde dejando tan escasas huellas como las que llega a percibir.

29

Frutillas. –Es una cortesía de Proust ahorrarle al lector la confusión de creerse más inteligente que el autor.

En el siglo XIX, los alemanes pintaron sus sueños, y en todos los casos les salieron hortalizas. A los franceses les bastó con pintar hortalizas, y el resultado fue un sueño.